**LAS MUJERES EN LA IGLESIA TRASFONDO HISTÓRICO**1 Timoteo 2: 11-15

Este pasaje trata acerca del lugar de las mujeres en la Iglesia. Este pasaje no se puede leer fuera de su contexto histórico. Surge enteramente de la situación en la cual fue escrito. Está escrito sobre el trasfondo de dos circunstancias que le anteceden.

**1- Está escrito sobre un trasfondo judío.**

Para los ojos judíos, las mujeres oficialmente tenían una posición muy baja. Es cierto que ninguna nación daba a la mujer un lugar tan grande como la judía en el hogar y en los asuntos familiares.

Pero oficialmente la posición de la mujer era muy baja En la ley judía la mujer no era una persona; era una cosa. Estaba enteramente a la disposición de su marido o de su padre. Se le prohibía aprender la Ley; instruir a una mujer en la Ley era como echar perlas a los cerdos.

Las mujeres no tenían parte en el servicio de la sinagoga; estaban separadas en una sección de la sinagoga, o en una galería donde no podían ser vistas, y no se les permitía participar en el servicio. El hombre iba a la sinagoga a aprender; pero la mujer, a lo sumo, iba a escuchar. En la sinagoga la lectura de las Escrituras la realizaban miembros de la congregación; pero no mujeres, porque eso “hubiera sido disminuir "el honor de la congregación".

A la mujer le estaba absolutamente prohibido enseñar en una escuela; no podía ni siquiera enseñar a los niños más pequeños.

La mujer estaba exceptuada de las demandas establecidas de la Ley. No le era obligatorio asistir a las festividades y festivales sagrados. Se clasificaba junto a las mujeres, los esclavos y los niños.

En la oración matinal judía el hombre agradecía a Dios por no haberle hecho "un gentil, un esclavo o una mujer".

En los Dichos de los Padres se citan estas palabras del rabí José ben Johanan: "Vuestra casa esté abierta de par en par, y dejad que los pobres sean vuestra familia, y hablad poco con una mujer." Lo dijo refriéndose a su propia mujer, y más aún en el caso de la mujer de un compañero. Porque los sabios han dicho: "Todo aquél que habla mucho con una mujer se causa mal a sí mismo, y desiste de las tareas de la Ley, y su fin es que hereda el Gehenna."

Un rabí estricto nunca saludaba a una mujer en la calle, ni siquiera a su propia mujer ni a su hija, ni a su madre, ni a su hermana. Se decía acerca de las mujeres: "Su tarea es la de enviar a los niños a la sinagoga; atender los asuntos domésticos; dejar a su esposo libre para que estudie en las escuelas; mantener su casa hasta que él vuelva." Debemos recordar que la Iglesia surgió en un medio judío como éste.

**2- Está escrito sobre un trasfondo griego.**

Estos antecedentes hacían que las cosas fueran doblemente dificultosas. El lugar de las mujeres dentro de la religión griega era bajo.

El templo de Afrodita en Corinto tenía mil sacerdotisas que eran prostitutas sagradas y que todas las noches ofrecían su mercancía en las calles de la ciudad. El templo de Diana en Éfeso tenía cien sacerdotisas llamadas Melissae, que significa las abejas, y cuya función era la misma.
La mujer griega respetable llevaba una vida de encierro. Vivía en sus propias habitaciones en las que nadie podía entrar salvo su marido. Ni siquiera estaba presente en las comidas. Nunca aparecía sola en la calle; nunca iba a una asamblea pública, y menos aún hablaba o tomaba parte activa en tales asambleas.

El hecho es que si en una ciudad griega las mujeres cristianas hubieran tomado parte activa, hablado y enseñado en la tarea de la Iglesia cristiana, la Iglesia inevitablemente hubiera ganado la reputación de ser el punto de reunión de mujeres perdidas e inmorales. Lo cierto es que en ninguna sociedad griega se podrían haber establecido otras normas que éstas.

Lo que es más, en la sociedad griega había mujeres cuya vida consistía en elaborar adornos y trencillas para el cabello. En Roma, Punió nos cuenta acerca de una novia, Lolia Paulina, cuyo vestido de boda costó el equivalente a cien mil dólares. Aun los griegos y los romanos mismos estaban sorprendidos por el amor al vestido, al despliegue y a los adornos que caracterizaba a algunas de sus mujeres.

Las grandes religiones griegas eran llamadas religiones de Misterios, y tenían precisamente las mismas normas acerca del vestido. Hay una inscripción que dice lo siguiente: "Una mujer consagrada no llevará ornamentos de oro, ni cabello trenzado, ni rouge, ni se blanqueará el rostro, ni usará vinchas, ni zapatos, excepto aquellos hechos de fieltro o de los cueros de los animales sacrificados." La Iglesia cristiana no estableció estas normas para que fueran permanentes, sino como cosas que eran necesarias en la situación en la que se encontraba la Iglesia primitiva.

En todo caso, la situación tiene otro aspecto. Bien puede ser que en la vieja historia sea la mujer la que fue creada en segundo lugar, y fue ella la que cayó ante la seducción de la serpiente que era el tentador; pero fue María de Nazaret la que dio a luz y educó al niño Jesús; fue María de Magdala la primera en ver al Señor Resucitado; fueron cuatro mujeres las que, de todos los discípulos, estuvieron al lado de la cruz. Priscila con su marido Aquila era una maestra apreciada en la Iglesia primitiva, una maestra que guió a Apolos en el conocimiento de la verdad (Hechos 18:26). Evodia y Síntique, a pesar de su desavenencia, eran mujeres que trabajaban en el evangelio (Filipenses 4:2-3). Felipe, el evangelista, tenía cuatro hijas que eran profetisas (Hechos 21: 9). Las mujeres ancianas podían enseñar (Tito 2:3). Pablo consideraba con alto honor a Loida y Eunice (2 Timoteo 1:5), y muchos nombres de mujeres son mencionados con alta estima en Romanos 16. Todas las cosas de las que se habla en este capítulo son simples normas transitorias establecidas para enfrentar una situación dada. Si queremos conocer la perspectiva real y permanente de Pablo sobre este asunto, la tenemos en Gálatas 3:28:

"Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús."

En Cristo se borran las diferencias de lugar, honor, prestigio y función dentro de la Iglesia.
Y sin embargo, este pasaje finaliza con una gran verdad. Las mujeres, dice, se salvarán engendrando hijos. Hay dos significados posibles en esto. Seria levemente posible que esta fuera una referencia al hecho de que María, una mujer, fue la madre de Jesús. Puede que signifique que las mujeres serán salvadas —como todos lo serán— por el acto supremo de engendrar hijos por el cual el Hijo de Dios nació en el mundo. Pero es mucho más probable que el significado de este pasaje sea más simple; y que signifique que las mujeres encontrarán la vida y la salvación, no yendo a reuniones, ni hablando ante ellas, sino en la maternidad, que es su corona. Sea como fuere, la mujer es reina dentro de su hogar.

No debemos leer este pasaje como una barrera a la tarea y servicio de la mujer dentro de la Iglesia; debemos hacerlo a la luz de su trasfondo judío y de la situación en una ciudad griega. Y debemos buscar el pensamiento permanente de Pablo en el pasaje que nos dice que se han borrado las diferencias, y que los hombres y las mujeres, los esclavos y los hombres libres, los judíos y los gentiles, todos son aptos para servir a Cristo.

 (comentario de Willian Barclay)